

lio de Prusia con que creía poder contar y en otros 50.000 los que podían dar los polacos. Además, á estos 340.000 hombres creía Alejandro que se vendría á sumar Austria con los suyos ofreciéndole en cambio, de lo que aún poseía de la Galitzia, las provincias danubianas.

Pero todo quedó en proyecto. Czartoriski no pudo arrancar á sus compatriotas de la alianza francesa y Alejandro no quiso aventurarse, máxime cuando todos sus consejeros y á la cabeza de ellos el gobernador de la Finlandia el conde Armfeldt que había abandonado la Suecia al advenimiento de Bernadotte, le mostraban el ejemplo de Wellington en Torres-Vedras, como el que debía seguir Rusia cuando se viera atacada por Napoleon. Estos consejos los apoyaban el bravo Barclay de Tolly, Serra Capriola y el almirante Mordwinoff. Alejandro se dejó convencer, y desde primeros del año 1811 Rusia tuvo determinado en todas sus líneas el plan de campaña que había de llevar á Napoleon á Moscou de la misma manera, y con iguales resultados, que había llevado Wellington á Massena á Torres-Vedras. Este plan, ¡quién lo creyera! fué revelado á Napoleon por su embajador en Suecia, por Alquier, —Julio de 1811,—que llegó á conocerlo, y á pesar de la experiencia, Napoleon no hizo caso, persistiendo en creer que de haber estado él en Torres-Vedras, no hubiera tenido que retirarse de delante de Wellington.

Napoleon sabía de ciencia cierta que Rusia se preparaba. El tsar se lo confesó lisa y llanamente á Caulaincourt cuando éste pidió explicaciones, pero le dijo que él no hacía más que lo que hacía Napoleon y era verdad, aún cuando éste lo negaba, diciendo que el envío de tropas por su parte hacía la frontera de Rusia, no tenía por objeto invadir este país sino vigilar la Prusia é impedir todo desembarco de ingleses. Y por si esto no era bastante, le decía á Champagny que hiciera saber á Alejandro que sólo en el caso de que Rusia se uniera á Inglaterra, él la atacaría, y para probarle su sinceridad decíale que le revelase que «no tenía hecha alianza con potencia alguna» lo que era cierto, para el 17 de Febrero de 1811, pues este mismo día hacía proposiciones á Turquía que indignada de su anterior abandono se apresuró á hacerlo público por toda Europa y ocho días después, el 25 de Febrero, se las hacía á Austria, á cuya potencia debía su embajador el conde Otto preguntar á Metternich hasta dónde llegaría Austria para impedir que Rusia se anexionase la Moldavia y la Valaquia. Napoleon, por lo visto, ignoraba que el amigo íntimo de Met-

ternich era el antiguo embajador de Rusia en Viena, el conde Razumowski.

Alejandro conocía punto por punto todo lo que hacía Napoleon para aislarlo y procurarle enemigos. Los gabinetes europeos le revelaban todos los secretos de la diplomacia francesa, y su agregado militar en París, el ayudante de campo del emperador Czernitcheff, había sabido conquistarse entre las francesas un punto tan principal para sus brillantes cualidades, que cuando éstas le creían por entero consagrado á su conquista, él las empleaba en conquistar los secretos del ministerio de la guerra, obteniendo un triunfo completo.

Como Napoleon no veía clara su situación á causa de su indomable orgullo, no acertaba en la causa de la contradicción que sentía por todas partes. Así lo pagaban sus íntimos para quienes se hacía de día en día más áspero é intratable. Caulaincourt fué reemplazado por Lauriston, porque aquél, decía Napoleon, se había dejado seducir por las caricias del tsar; el general Lauriston no se conservó á su vez en su puesto por muchos días. Uno y otro general habían cometido la falta de advertirle lo peligroso que era meterse con Rusia, resuelta á una campaña de vida ó muerte. Tampoco creía Napoleon lo que sobre esto se le decía, que llamaba «aynesias» lo que le avisaban los polacos; á Rapp le decía que se «cortara la lengua» y que no hablara mas que de los ingleses y á Davout, al hombre de su confianza, al que en el primer momento debía encontrarse al frente del ejército, si bien no dejaba de estimular su celo para que todo estuviera pronto, le escribía que no era de temer que Rusia le atacase porque no estaba dispuesta, y porque sobrado tenía que hacer con los turcos. La última de sus víctimas fué Champagny que con sus reservas y mal humor le daban á entender claramente que él desaprobaba la guerra con Rusia. Napoleon dió su cartera de Estado á Maret, duque de Bassana, que sentía por Napoleon una verdadera adoración, de modo que cuando más contrapesos debía poner Napoleon al frenesí de su ambición, más aligeraba sus alas de los débiles pesos que las retenían un tanto.

Maret fué á quien Metternich le respondió sobre lo de Valaquia y Moldavia, que Austria no podía pensar en hacer la guerra á Rusia á causa de su postración, por más que tuviera que ver con pena dicha anexión, —10 de Abril de 1811.—Napoleon, pues, quedaba avisado. La cooperación de Austria dependía de lo que la pagase, y servicios de esta clase están sujetos á todas las contingencias.

Prusia, al saber los preparativos que de una y otra parte se hacían para la guerra, y sabedora también del plan de campaña de Rusia, esto es, de hacer una guerra defensiva á todo trance, puesta en medio de los dos grandes imperios, se creyó perdida para siempre, y en su desesperación y muerte ya la reina que tan á punto sabía ponderar los arrebatos y debilidades de su marido, se adelantó al agresor ofreciéndole su concurso.

«En Prusia, dice Lanfrey, á quien con este capítulo tendremos de abandonar, se había llevado á cabo una revolución política y social sin que Europa hubiese oído hablar de ella, revolución sin discursos, sin tumultos, sin cadalsos, pero revolución profunda y duradera, que había renovado y rejuvenecido la vieja monarquía de Federico. Derechos nuevos habían emancipado á los burgueses y campesinos de toda sujeción feudal, y se les había llamado con liberalidad á gozar de los derechos de la propiedad territorial, habíase reconocido su legítima influencia en los asuntos locales, reconocida su gestión en sus propios intereses. Habíanse multiplicado para ellos las escuelas y los centros de enseñanza; habíanse despertado los sentimientos que constituyen el ciudadano y el patriota. A despecho del estado angustioso de la hacienda, se había reorganizado la instrucción pública conforme á los planes fecundos pero dispendiosos de Guillermo de Humboldt. La universidad de Berlín acababa de fundarse, y ya contaban entre sus profesores hombres que eran el orgullo de su tiempo. Fichte, Savigny, Wolf, Schleiermacher, Hufeland, Klaproth. El espíritu científico y civil continuaba de esta suerte siendo el señor y el regulador del espíritu militar. El ejército reducido al número fijo de cuarenta y dos mil hombres, por el tratado de 8 de Setiembre de 1808, contaba en realidad ciento cincuenta mil hombres, gracias á un ingenioso mecanismo que suplía la cantidad por la multiplicidad de los llamamientos; poseía además cuadros para doscientos mil hombres.»

Pero á pesar de todo esto, no dejaba de comprender Prusia que estaba á merced de Napoleon, desde el momento que Rusia no le tendía resueltamente la mano, de aquí que desde primeros de Abril su rey hiciera sin rebozo al embajador francés proposiciones de alianza contra Rusia que Napoleon fingió no recibir mal para conocer hasta dónde llegaba, lo que le llevó á ser él mismo quien redactase de su puño y letra el proyecto de tratado que Krusemarch entregó al emperador por el cual Prusia se comprometía á auxiliarle con un cuerpo de tropas

caso que tuviera guerra en Alemania ó en los confines de Prusia, á cambio de garantizarle Napoleon su integridad territorial actual. Dos días después, Federico Guillermo, —16 de Mayo,—escribía á Alejandro diciéndole que como no había de serle posible guardar la neutralidad no tenía más remedio que unirse con Francia. El tsar que había ya contado con esta probabilidad no se inmutó, convencido de que si la suerte le favorecía, Prusia sería su gran aliado y la más terrible cuña que podría introducir en el imperio napoleónico.

El emperador da la callada por respuesta á las proposiciones prusianas. Esto unido á la indiferencia con que Rusia había acogido la leal declaración que le había hecho el rey Federico-Guillermo llenó de espanto y confusión á los hombres de Estado prusianos, quienes llegaron á temer que Rusia y Francia no intimaran de nuevo en perjuicio de su patria. Resueltos á todo, y siendo el mal de inquietud para los pueblos como para los hombres un mal mortal, decidieron hacer hablar á la esfinge usando para ello de un medio hábil y seguro. Napoleon reforzaba sus tropas en Alemania y Prusia porque decía temer un desembarco de ingleses, pues bien, ya que este en donde se decía temerse era en Prusia, nada más natural que su rey procurase poner su reino en estado de defensa, en su consecuencia se movilizaron fuerzas, se llamaron reservas y se armaron las pocas plazas fuertes que se le habían dejado á Prusia, pero todo esto de una manera pública y ostensible, como quien está autorizado por los acontecimientos y por el derecho á obrar de tal suerte.

Comprendió de sobras Napoleon lo que aquello significaba y se apresuró á notificar á Saint-Marsan, su embajador, que aquello no podía consentirlo, que de sobras sabía Prusia que no se esperaba ni tenía desembarco alguno de ingleses aún cuando lo contrario se hubiese dicho á Rusia. Entonces Hardenberg, con una caballerosidad digna de los siglos medios, le declaró á Saint-Marsan que era cierto lo que decía Napoleon, pero que ellos estaban resueltos á morir con la espada en la mano antes que perecer en el oprobio y en la ignominia, y esto no se lo decía sólo el embajador de Francia, pues envió á Krusemarck, —30 de Agosto de 1811,—orden para que le dijera á Maret lo mismo, añadiéndole que tenía dispuestos cien mil hombres, y que Napoleon debía elegir entre su alianza ó la guerra. Este golpe de audacia puso fuera de sí á Napoleon, quién, llevado de su primer impulso, expidió órdenes á Davout para que se preparase á aplastar la Prusia, pero luego reflexionó y cambió de plan, recogió las ór-



denes expedidas é hizo que se hiciera entender á Prusia que se le concedería la alianza que solicitaba caso que se apresurara á desarmar. Hardenberg se dió por satisfecho y con razón. Era ya Prusia y no Francia quien imponía la alianza. Si Rusia no había hecho caso de la alianza prusiana que le hubiera obligado á llevar la guerra á Prusia para sostenerla y á cambiar por consiguiente su bien meditado plan de campaña que sus generales iban estudiando en todos sus detalles sobre el terreno contando con todas las probabilidades, en cambio buscaba y solicitaba dos alianzas destinadas á cubrir sus flancos.

La alianza con Suecia no era imposible. Si se recuerda la conducta de Napoleon después de la elección de Bernadotte, se reconocerá que su primer autor era el mismo emperador. Rusia, por otra parte, procuraba unirse la Suecia prometiéndole la Noruega que era á la sazón de Dinamarca y cuya adquisición deseaba Bernadotte para redondear su futuro reino. Francés, empero, Bernadotte sentía más inclinaciones para Napoleon que no para Alejandro, y aún cuando aquél le escribía que no le era posible despojar á su aliado el rey de Dinamarca de una de sus más importantes provincias, como que le ofrecía



Familia real de Prusia

restituir la Finlandia á Suecia caso de que entrase en guerra con Rusia, esta reconquista de una tierra desprendida hacía tan poco tiempo de la madre patria, no dejaba de sonreír su patriotismo de monarca sueco.

Bernadotte y Napoleon estaban, pues, de acuerdo á mediados de Abril de 1811, pero un incidente imprevisto mudó la faz de las cosas. El impetuoso Rapp excitó á los corsarios franceses del mar Báltico á que hicieran una expedición á las costas de Suecia para sorprender á los buques que infringían las leyes del bloqueo continental, y los corsarios no se hicieron de rogar, yendo á prender en los mismos puertos suecos buques de Suecia alegando dicho pretexto. Esto puso fuera de sí á Bernadotte que reclamó con energía. Pero como en Suecia estaba de embajador el ex convencional Alquier, quién sentía por Bernadotte una verdadera antipatía sin duda por haberse elevado más alto que él, lejos de procurar apaciguar el conflicto, lo encendió más con sus inconveniencias, llegando á ser inminente una

ruptura que Napoleon impidió al fin, y no sin violencia, reprendiendo á Rapp y destituyendo á Alquier. Pero el mal estaba ya hecho. Bernadotte se había convencido de que mientras durase el despotismo napoleónico no habría seguridad para ningún pueblo de la tierra. Desde este momento fué el príncipe real de Suecia, quién procuró intimar con Rusia, para lograrlo, para que Inglaterra y Rusia le concedieran ahora lo que antes le habían ofrecido y él había rechazado, esto es, la Noruega cualquiera que fuera el resultado de la guerra, y caso de ser vencida Rusia la Finlandia, era necesario un acto y éste no faltó público y solemne. La Suecia declaró á Napoleon que había ya elegido para ello el día en que debía declararle que no consentiría otra legislación marítima que la que consagrara la independencia del pabellón neutral cubriendo la mercancía. A este acto contestó Napoleon haciendo ocupar la Pommerania por los soldados de Davout, Febrero de 1812. Definitivo parecía el rompimiento, sin embargo, hasta en el preciso momento de romperse

las hostilidades con Rusia, hasta Mayo de 1812, continuóse buscando entre Suecia y Francia un acomodamiento que hizo imposible la tenacidad de Bernadotte en reclamar la Noruega, si bien cedía la Pommerania para que se indemnizase á Dinamarca, y la tenacidad ó lealtad de Napoleon para con su aliado el dinamarqués. La verdad es que, aún cuando Napoleon comprendía que Bernadotte al frente de cincuenta mil hombres marchando sobre San Petersburg era un gran auxiliar, no le creía indispen-

sable desde el momento que avanzaba contra Rusia arrastrando consigo á toda Europa excepción hecha de Inglaterra, Suecia y Turquía, pues hasta llevaba consigo un cuerpo de tropas españolas.

Mayor era, ciertamente, la importancia que tenía para Napoleon su alianza con Turquía, que llevaba seis años de guerra contra Rusia, que se había apoderado ya de la Tartaria, de la Besarabia y de Crimea, y tenía ya bajo las garras de su águila á la Valaquia y la Moldavia. Pero, ya lo hemos dicho,



ABATE DU PRADT

Turquía había sido una vez sangrientamente burlada, y Napoleon no inspiraba simpatías más que al sultán.

Era sultán de Turquía á la sazón Mahmoud II, que había reemplazado en 1808 á Selim. Hé aquí lo que había sucedido.

Quando el almirante Duckworth tuvo que retirarse vergonzosamente de delante de Constantinopla, quiso vengar su humillación apoderándose del Egipto, en cuyo país, desde la retirada de los franceses, en vano se esforzaban los pachás turcos para reducir á los mamelucos á la obediencia, á pesar de toda la buena fortuna y energía de Mahomet-Alí; pero éste llevaba á los mamelucos vencidos, y los mamelucos llamaron á los ingleses precisamente cuando Duckworth había resuelto, como hemos dicho, indemnizarse en Egipto. Alejandria cayó en manos del general Freser,—1807,—pero como el inglés no tenía más que 5.000 hombres, no pudo hacer otra

cosa que encerrarse en la ciudad, en donde le rindió Mahomet-Alí por hambre,—Setiembre de 1807.—Pero no fué tan afortunada la Puerta contra la Rusia, pues habiendo atacado Seid-Alí su escuadra que bloqueaba los Dardanelos, le derrotó el almirante Sniawin, costándole al turco la derrota su cabeza, que hizo caer Selim por no haber vencido, y esto cuando el almirante ruso tuvo que levantar el bloque y retirarse á Corfu, por haber sufrido mucho su escuadra durante el combate.

Estos actos de energía y su espíritu reformador de toda clase de abusos, tenían amotinados contra Selim á los jefes militares, que estaban acostumbrados á hacer su voluntad en el imperio, así éstos se concertaron y se alzaron contra su amo, seguros de la impunidad, ya que el gran visir y los ministros estaban en el ejército del Danubio. Selim, pues, fué depuesto, y el hijo de Abd-ul-Hamid I, Mustafá, fué nombrado su sucesor, nombramiento que no desa-